

INTRODUCCIÓN DE AMAYA

Los aborígenes del Pirineo occidental, donde anidan todavía con su primitivo idioma y costumbres, como el ruiseñor en el soto con sus trinos y amor a la soledad, no han sido nunca ni conquistadores ni verdaderamente conquistados. Afables y sencillos, aunque celosos de su independencia, no podían carecer de esa virtud característica de las tribus patriarcales, llamada hospitalidad. Tenían en grande estima lo castizo, en horror lo impuro, en menosprecio lo degenerado; pero se apropiaban lo bueno de los extraños, procuraban vivir en paz con los vecinos, y unirse a ellos, más que por vínculos de sangre, con alianzas y amistad.

Si quebrantaron esta regla, fué dejándose llevar de bondadosa condescendencia con los extranjeros. Quince siglos antes de Jesucristo, los vascos ribereños del Ebro principiaron por albergar a los celtas en su feracísimo territorio, y concluyeron por confundirse con ellos, formando la gran familia celtibérica, que tuvo solar en lo mediterráneo de la Península, y capital en Numancia. Los mismos pirenaicos que se mantuvieron a la orilla izquierda del río, ufanos con la pureza de su sangre y su idioma, dejaron a los celtas instalarse por largo tiempo en los llanos de Alava, hasta la boca de la Burunda, y más tarde se hicieron amigos del cartaginés Aníbal, le abrieron paso y le acompañaron a la vanguardia de la maravillosa expedición de Italia, según lo recuerdan todavía en una de sus más hermosas canciones.

Años después sostienen guerra contra César Augusto, para terminar la cual conviértense en aliados suyos, y con tan lealtad estrechan su mano, que Roma no tuvo nunca mejores amigos, y a la caída del

imperio, Paulo Orosio, testigo presencial de la catástrofe, los hace más romanos que los romanos mismos.

Nunca, sin embargo, los fáciles amigos de celtas, cartagineses y latinos, con quien se avienen a pesar de la diferencia de casta, lengua y religión; nunca aceptaban alianza, ni trato, paz, ni tregua siquiera de los pueblos septentrionales que cayeron sobre la Europa meridional, y a borbotones se derramaron por España en el siglo V.

Provincias imperiales, naciones cultas, todos los pueblos conocidos se concurvaron y tendieron desfallecida cerviz al látigo, más bien que al yugo del vencedor: los vascos sólo permanecieron en pie y se atrevieron a mirarle frente a frente, y le arrojaron el guante a la cara, enarblando estandarte de santa libertad en la cresta de los Pirineos. Y enhiesto supieron mantenerlo allí por espacio de tres siglos.

Por aventurado y peregrino que parezca semejante aserto, por inverosímil e inexplicable que resulte el hecho, la Historia misma, escrita por visigodos — no tenemos otra,—se encarga de justificarlo.

En efecto, si con debida imparcialidad examinamos los escritos contemporáneos, no dejará de llamar nuestra atención, que sus autores apenas mencionen el advenimiento de monarcas visigodos, como no sea para advertirnos que su primer hazaña, al ocupar el trono de Sevilla o Toledo, fué *domar a los vascones*, nombre antiguo de los navarros, que desde las montañas de Jaca, poblaban por la falda de los Pirineos hasta Pasajes, de allí frente a Logroño, y descendiendo al riquísimo valle que fecunda el Ebro, llegaban cerca de Tarazona, siendo una de sus principales ciudades la nobilísima Calahorra.

Consta que Requiario, Eurico, Leovigildo, Recaredo, Gundemaro, Sisebuto, Suintila, Recesvinto y Wamba, *sujetaron a los vascones*, frase constantemente repetida por espacio de tres centurias, viene a significar precisamente lo contrario de lo que suena. «Sisebuto y Suintila, dice el docto Sr. Cánovas del Castillo, testigo de mayor excepción en la materia (1), pelearon asimismo con la gente vascona en los llanos de Alava y la Rioja, sin penetrar, ni intentarlo siquiera, en el interior de las montañas vascongadas.»

Y consta, por historiadores árabes, que la noticia de la más lastimosa y célebre invasión sarracénica en Andalucía, *sujetando a los*

(1) *Los Vascongados*, por Rodríguez Ferrer. — *Introducción*, por el Sr. Cánovas del Castillo, 1873.

vascones, sorprendió cerca de Pamplona al último rey visigodo.

Tan larga serie de conquistas definitivas, que sólo termina con el súbito hundimiento del imperio conquistador, es argumento concluyente a favor de la independencia de un pueblo que no tiene historia propia que oponer a la de los extraños, ni más diplomas que sus canteras, ni más archivos que tradiciones y leyendas.

Y si a estas y otras pruebas, que por amor a la brevedad omitimos, se agrega el testimonio vivo del idioma y del linaje, purísimo resto arqueológico, animado hasta hoy como por arte de encantamiento, no puede menos de maravillarnos que algunos críticos tomen por lo serio la frase de *domuit vascones*, que los godos tenían como en estampilla para añadir al nombre de cada nuevo monarca toledano.

Esa guerra constante de trescientos años, que principia por la invasión de los septentrionales y concluye por su desaparición, no se funda en la diferencia de castas, pues ya hemos visto a los vascos de la ribera, nada esquivos ni zahareños, amalgamarse con celtas orientales y casi hiperbóreos, y aliarse con astutos cartagineses meridionales, no se nutre en antipatías religiosas; porque al principiar la guerra, ni todos los vascos eran cristianos, ni a la conclusión de ella dejó de haber ningún visigodo que no fuese católico: tampoco se explica por la aspereza del territorio pirenaico; porque Pirineos más salvajes aún que el Occidental, son los del Centro y Levante, que los godos cruzaban sin tropiezo alguno, comunicándose por ellos con la Galia Narbonense, parte a la sazón del reino hispano.

¿A que causa, a qué razón obedece el fenómeno histórico que estamos contemplando?

Los críticos modernos quieren hacer aquí distinción entre vascones y vascos, es decir, entre Navarra y Provincias Vascongadas. Suponen a los primeros indómitos, feroces, intratables, salteadores de llanos y campiñas ocupados por los enemigos; y a los otros, tan blandos y bonachones, que no sólo no guerrearón con romanos y visigodos, «sino que tampoco tomaron tan a pechos... cuanto los moradores de otras regiones más pobladas y ricas, y más cultas, sin duda, la independencia política, que ellos de hecho conservaban siempre entre sus breñas»— «Mientras aquellas pacíficas tribus iberas, prosiguen, vivían así apartadas de todo externo influjo, y sin entender por lo común a los beligerantes, ni ser por ellos comprendidos, reyes, caudillos, naciones enteras pasaban al pie de sus montañas sin hacer alto, curándose poquísi-

mo de tal gente y de la tierra inhospitalaria a la sazón, que la habitara.»

No está la Historia conforme con semejante explicación. De cuatro grandes ciudades construídas en el largo transcurso de tres siglos por aquellos bárbaros que empuñaban el azote de Dios, enviados a destruir más que a edificar, tres fueron erigidas en territorio vasco: a la falda de Gorbea, Leovigildo fundó a Victoriaco; al opuesto lado, Suintila impuso a los ribereños del Arga el castigo de construir a Ologitum (Olite); en su tiempo también se alzó Fuenterrabía, en la desembocadura del Bidasoa; y para completar el formidable cuadrilátero, Wamba, por último, fortificó a Pamplona, plaza entonces inexpugnable y punto el más avanzado de sus conquistas. No dieron, pues, escasa importancia los visigodos a la tierra pirenaica.

El interés de la resistencia era común, la guerra debió de ser general, y por todos los vascos más o menos directamente sustentada; y si a los navarros tocó pelear en la vanguardia, ha de atribuirse a condiciones topográficas o de otro orden, en cuyo examen no podemos entrar a la ligera. En estas páginas procuraremos explicarlo.

Se trata de uno de los más hondos misterios de nuestra Historia: duelo parece de pueblo a pueblo; combate singular entre dos héroes, uno de los cuales se llama imperio godo y otro *Eskualerri*, tierra vascongada. Guerra a muerte en que pelear es vivir, y abandonar el arma, sucumbir y caer en la huesa. Duró más de tres siglos, como pudiera haber durado menos de tres semanas si uno de los combatientes hubiera querido ceder; como habría durado otras tantas centurias, si el postrer testigo del duelo no hubiese echado el montante separando a tan encarnizados enemigos, que al fin deponen sus odios para unirse contra él y porque no falten ni la leyenda, ni la máquina poética en esta magnífica epopeya, ahí están por un lado los godos con maravillas del orden sobrenatural que espantan, y por otro los bascongados, la raza superviviente, sin rastro ni memoria de ningún héroe, sin haber conservado el nombre siquiera de aquellos esclarecidos guerreros que debieron acaudillar muchedumbres heroicas por espacio de más de trescientos años. ¡Lástima para unos cuantos capitanes, pero gloria para todo el pueblo, que de esta manera se destaca en el horizonte de la Historia con la magnificencia de la soledad!

¡Qué sublime espectáculo, sin par tal vez en los anales del mundo, ofrece esa tenaz y desesperada resistencia del débil contra el fuerte, co-

ronada al fin con la victoria del poseedor pacífico y honrado contra el injusto agresor!

Al trasportarnos en alas de la fantasía a tan remotas edades, sentimos en el alma la grata frescura de la virtud sencilla, del heroísmo espontáneo y modesto, del vigoroso amor patrio, como al subir a las montañas se perciben auras purísimas, siempre renovadas, aromas acres y vivificantes, alegría restauradora, y ese bienestar inefable que físicamente nos dilata el pecho y moralmente nos eleva a Dios.

¡Gloria a Dios, y lancémonos a las tinieblas de lo pasado por entre selvas seculares y monumentos megalíticos, sin más guía que frases de la Historia, fragmentos de cantares, leyendas y tradiciones, a sorprender a dos grandes pueblos en el supremo momento de su implacable lucha, para ver cómo acaban unas edades y cómo empiezan otras, y cómo viene a ser principio lo que parece fin: que fin es lo que en vascuence significa *Amaya*, y en lenguaje cristiano se llama Providencia!

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA

